

reducir el brotar natural de la veta imaginística de Corpus Barga a un solo registro, porque, vale esta metáfora, «daba trallazos en el lomo del aire».

O bien, el modo certero de revisar, sobre el terreno de la experiencia, en cada circunstancia, la relatividad y nupcias del fantasear y reproducir, de aprobar, por pereza mental, lo simplemente admitido:

«La clarividencia de los niños, a quienes los grandes no creo que los engañen tanto como se engañan los grandes entre ellos, haciéndome ver pretextos en lo que nuestra madre me decía, hizo que no me asombrase lo insólito de la determinación que se tomaba con mi persona, además de que me importaba poco, se desvanecía para mí, metido como me hallaba en las historias de Félix Sedano, abolicionista de la realidad; las novelas verdaderas, la literatura, se sobreponen por la imaginación a la novela que llamamos comúnmente vida, pero es cuando se imagina una realidad más vital», reflexión que surge asimismo en la autobiografía —tramo de la niñez— de Elías Canetti, *La lengua absuelta*.

Cuando bautiza Corpus Barga el segundo tomo de *Los pasos contados*, con propósito ambiguo, satírico e indulgente, *Puerilidades burguesas*, ¿qué intención le anima, qué juicio implica? ¿No será la caligrafía precursora y rasgañuda del adolescente, que oscila del colegio a los espectáculos, a lo que él denomina «la guerra social»? Aquí la presencia fraterna de Rafael reviste una prestancia de sombra que del cuerpo emana. Telones de fondo, la guerra de Cuba y sus despojos humanos, el hecho harto significativo de que la burguesía en ciernes «fue formada por la pequeña nobleza, no por el pueblo ascendente». He aquí una de las brújulas —con otras anteriores, de los Reyes Católicos al epiléptico arbitrista, heredado de nuestro siglo XIX— de la penúltima decadencia nacional. El hecho de que «todos seamos novelistas sin saberlo, la transferencia de personalidades es el secreto del novelista», infunde a la sazón descriptiva, de realidades y anécdotas, un especial encanto al decir de Corpus Barga, que su aderezo literario, imbricado, bien pudiera ser coloquial. El escritor resaltó, en declaraciones, que la edad reseñada, traspuesta la niñez y muy en albor la hombría, gira, principalmente, en torno a la sexualidad. Lo que dio pretexto a la censura para cercenar el tomo II de su obra, pese a constituir la médula evidente de ese tiempo humano, tan decisivo. De ahí que el capítulo más significativo sea *El descubrimiento de Venus*, lo que supone ansias, temblor, expectativa, otra visión para considerar a las gentes y sus relaciones, el signo de lo carnal, al que los «mayores» se subordinan con visos de mal llamada clandestinidad.

Hacia 1906 sitúa Corpus Barga con *Las delicias* la crónica madrileña que centra el tomo III de *Los pasos contados*. Ya es un mozo de dieciocho a diecinueve años. Curioso el modo en los capítulos iniciales de emplear una táctica de diálogo salmodiado, con apoyaturas sonoras y monótonas. A diferencia de la canónica frase corta de Azorín, puntos suspensivos y guiones logran peculiaridades más ágiles y vistosas de la perseguida sobriedad, un módulo entrecortado. Y también resulta instructivo que Corpus Barga aproveche cualquier circunstancia favorable para explicar sus teorías de la novela, el género, sospecho, que más le hubiera agrado cultivar directa, continuamente.

«—Te voy a dar una respuesta matemática —dijo, evidentemente, para aplastar su

interrupción—, desconoces la figura geométrica que forman los puntos de vista que puede tener un autor de novelas. El autor puede estar en todas partes, ver en todas direcciones, por dentro y por fuera; es el todopoderoso. O está solamente y siempre junto a su personaje, a cada uno de sus personajes, los sigue a todas partes, y entonces únicamente ve y sabe lo que pueden saber y ver éstos: es el relator. O está dentro del personaje: es el analista. También puede ocurrir que el personaje esté dentro de él: es el caso del que escribe esas novelas que se llaman memorias, confesionadas, diarios, autobiografías; el autor aquí sería casuista si el caso fuese especial, pero es el de todos los novelistas que crean a sus personajes, los llevan dentro; los creadores en la novela no son los que se creen todopoderosos como Dios, por amplios que sean sus poderes, ni los relatores por mucho que observen, ni los analistas por agudos que sean, sino los que ponen algo de sí mismos. Cada una de esta clase de autores tiene su clase de lectores y su manera de relacionarse con ellos, su manera de escribir.»

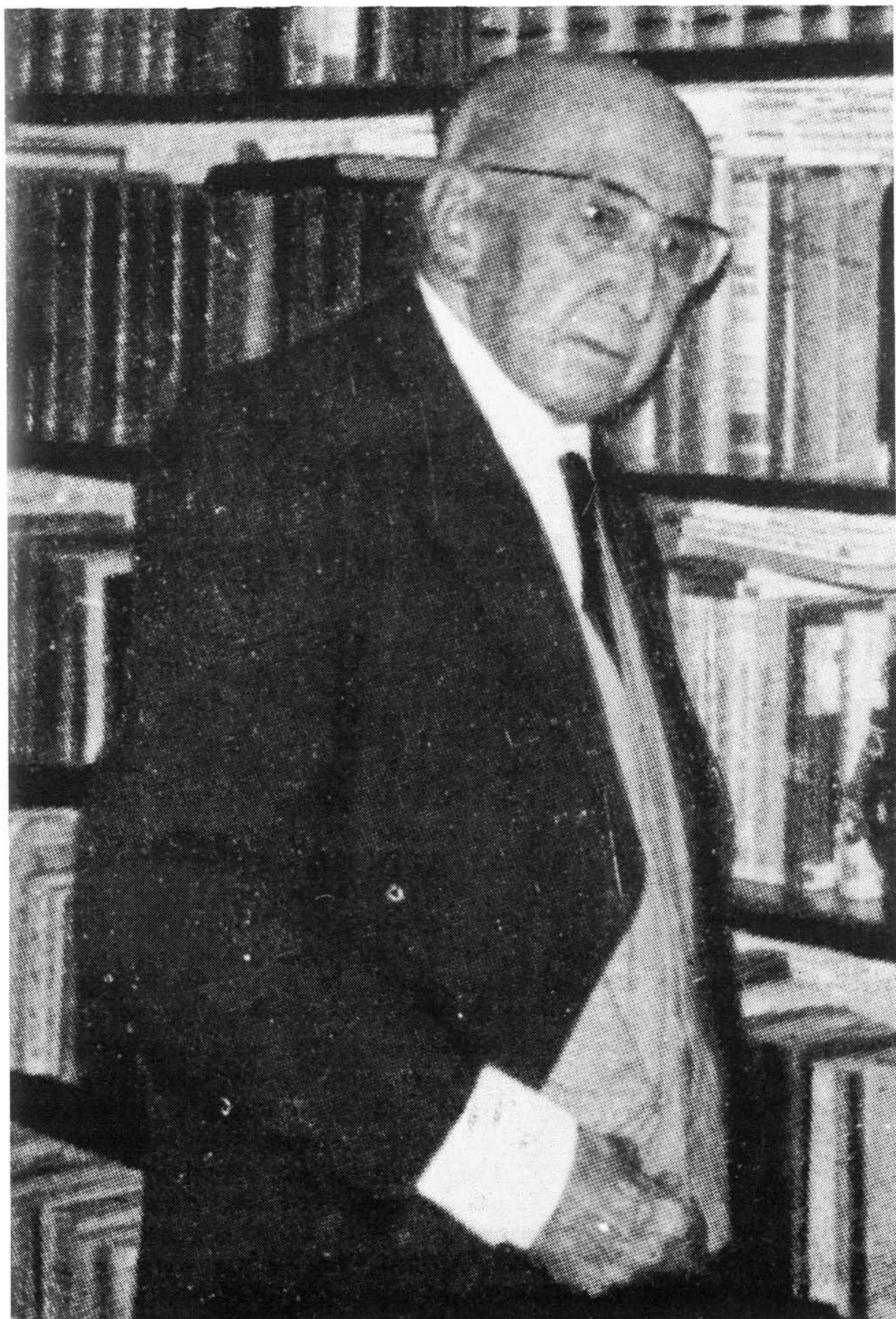
Lo que trasluce sus propósitos y ambiciones, desviados y circunscritos lamentablemente para nuestra literatura de firme ficción. «He pensado escribir y llevo todavía metida en no sé qué parte del cuerpo, la novela de esas masonerías involuntarias que forman los usos, los juegos, los vicios, las manías y las religiones, como son: las amistades de los cafés, del bar, de los medios cotidianos de locomoción; la internacional de los ajedrecistas, el cosmopolitismo de los invertidos, la universalidad de los filatélicos, etc.» Y prolongaba estas manifestaciones al afirmar: «en las ciudades hay múltiples asociaciones tácitas que los sociólogos no estudian y los novelistas no imaginan».

Corpus Barga fue siempre consciente de la grandeza y servidumbre de su sabroso madrileñismo, españolismo en suma, lo que corrobora mi criterio sobre la relativa inviabilidad de que estas memorias noveladas mantengan sus cualidades y atractivos en versiones a otros idiomas.

«Las calles admiten nombre de personas en su historia natural, en su toponimia; el error de ponerles nombres personales sin referencia con el lugar, por el simple deseo de glorificar a las personas nombradas, es el concebir la historia sin la geografía. La historia concebida así hace artificiales a sus glorias. Algo queda de las carretas cuando se sube la calle que las nombra; nadie piensa en Isabel II al atravesar la plaza de este nombre. Perdone el lector no madrileño tantas divagaciones madrileñistas que en el supuesto mejor sólo pueden interesar a los madrileños, sin embargo, de que para hacerlas pasar me he esforzado en presentarlas bajo aspectos hasta cierto punto universales...»

Además, téngase en cuenta por los lectores, para «Los pasos contados», que el autor fijó su especialidad en el periodismo literario, cuando tantas cualidades, temas, héroes y antihéroes había cosechado, en su vagabundez, y que ojalá, insisto, hubiera destinado, principalmente, a la narrativa en sentido estricto. Entonces, conjugaba un siglo augural pomposo, que ahora va de capa caída y descosida, lo que induce, en ese trance, a Corpus Barga a reproducir, a recrear más bien, el lenguaje barriobajero, un tramo que sobrepasa la arnichesco, de ligazón silábica, extremada esa decantación o a ocuparse de la clásica habla, de cierto sabor teresiano, del linaje de San Juan de la Cruz, de nuestros quietistas, cita obligadamente extensa:





*Corpus Barga.*